

KANT (1)

Kant inicia la época actual de la filosofía y la orienta en tal sentido que toda ella está necesariamente en acuerdo o en polémica con su doctrina. Así, ni Spenceer ni Bergson nombran a Kant, y sin embargo es evidente que no han podido prescindir en absoluto de sus ideas.

Es que los grandes filósofos entienden crear sistemas nuevos y suelen olvidar por completo a sus antecesores, no menos grandes que ellos. Lo mismo hizo Descartes, que fingió ignorarlo todo y no apeló a cita alguna, en su desprecio profundo del argumento de autoridad, esencialmente escolástico; sin que pudiera, por ello, derrumbar toda la obra filosófica que le había precedido.

Algo semejante ocurre con Kant: en nuestra época es imposible hacer filosofía sin pensar en él — aunque no se le cite.

Para fijar el punto de partida de la doctrina Kantiana y comprender su importancia extraordinaria, recordemos que Kant escribió a fines del siglo XVIII, en la época en que luchaban las dos grandes teorías filosóficas: el racionalismo de Descartes y el empirismo inglés.

El racionalismo había terminado por un puro dogmatismo, al declarar que la realidad es cognoscible por medio de la razón y que mediante este instrumento es posible descubrir la naturaleza íntima de las cosas.

El empirismo con Hume, por el contrario, había llegado a la duda absoluta (la misma duda absoluta con que se había iniciado el racionalismo). Establece la duplicidad de calidades que en conjunto constituye los cuerpos y llega a que el conocimiento esencial de esas calidades presenta insuperables obstáculos.

Hemos visto cómo Hume, el escéptico, fué más lejos aún, declarando que los grandes conceptos generales, como el concepto de causa y el concepto de sustancia, carecen de naturaleza propia y son mero producto de la asociación y el hábito.

La realidad es sólo cognoscible en forma relativa y deficiente.

En tal estado de cosas, aparece la «Crítica de la razón pura» que Kant escribía a los sesenta años.

Para comprender esta obra es necesario remontarse a sus antecedentes.

(1) Apuntes correspondientes al curso de H. de la Filosofía que dicta en la casa el profesor Dr. Alejandro Korn.

Como discípulo de la enseñanza universitaria, Kant se inició bajo la influencia del racionalismo dominante, y es precisamente el racionalismo lo que hubo de enseñar desde la cátedra. (El, por su parte, había estudiado en Koenigsberg la filosofía de Leibnitz, interpretado por Wolff). Pero al profundizar los problemas filosóficos, Kant admitió bien pronto que el racionalismo no cumple lo que promete y que la metafísica dogmática no satisface.

¿Por qué es insuficiente el racionalismo? ¿Será que puede acaso no haber correspondencia perfecta entre el concepto y la entidad que a él se refiere? Efectivamente, dice Kant. El concepto es sólo el producto de una operación mental, no es la cosa misma; de ahí que no podamos, por el pensamiento, llegar a establecer la existencia de ninguna realidad. Nuestra organización psíquica nos da la posibilidad permanente de construir conceptos, pero no basta para afirmar existencias correlativas, exteriores al pensamiento. Por más que en juego continuo estemos manejando los conceptos, no hacemos más que simple operación de razonamiento.

«Pensar no es ser» — tal es su gran afirmación. Y la consecuencia negativa: «no pensar no es no ser». Es decir que el no poder pensar en una cosa, no significa que la cosa no puede existir.

El ser no puede, pues, identificarse con el pensar; negándose, así, la pretendida suficiencia del racionalismo.

El escepticismo reaccionario de la época influye profundamente en Kant; él mismo refiere que Hume le despertó del sueño dogmático.

Al apartarse de la orientación racionalista, Kant se volvía escéptico; pero no satisfecho con la posición de Hume, se inclina al empirismo, suponiendo encontrar en los datos de los sentidos los fundamentos de sus conclusiones filosóficas.

Y a la verdad que había en Kant motivo para afirmar esa solución: él no era sólo un filósofo especulativo; sus lecturas sobre el desarrollo de la Ciencia Contemporánea revelan que le interesaba en alto grado el mundo real y el progreso de la investigación positiva. Fué distinguido matemático y naturalista. Son notables y dignas de conocerse, desde el punto de vista de la historia de la ciencia, sus obras de Física y Astronomía. Sabido es que Kant se adelantó a Laplace en la exposición de aquella famosa hipótesis de la nebulosa cósmica.

Sin embargo, tampoco se satisface con el empirismo, que sólo obtiene por vía sensorial un reflejo o apariencia de las cosas, sin poder establecer jamás la realidad esencial de las cosas mismas. Si bien le parece el método natural de elaboración del conocimiento, pues todo nos llega por los sentidos y sin ellos el mundo dejaría de existir para nosotros, a pesar de esto, decimos, Kant considera al empirismo como insuficiente para resolver problemas filosóficos.

Ha pasado a través del racionalismo, el escepticismo y el empirismo (toda la evolución intelectual del siglo XVIII), sin encontrar lo que buscaba en ninguna de estas faces.

No obstante, los enigmas eternos exigen ser aclarados; la necesidad metafísica se impone. Veremos luego cómo la especialísima posición que adopta Kant le permite responder a esa tendencia y levantarse, por lo mismo, contra el criterio escéptico a que había llegado el empirismo.

Fueron dos reacciones necesarias: la una, cuando había culminado el esplendor de una filosofía; la otra, cuando la negación absoluta no podía satisfacer a los espíritus.

La posición de Kant es, en este sentido, análoga a la de Sócrates, que muchos siglos antes había reaccionado también contra el escepticismo (utilitario entonces) de los sofistas.

Kant entra de lleno a discutir la posibilidad de la metafísica como ciencia; quiere averiguar si es capaz la inteligencia humana de resolver problemas trascendentales. Con este objeto penetra en un análisis de la razón, el más sutil y profundo que se haya hecho jamás.

En la filosofía pre-kantiana se consideraba a la razón como instrumento seguro y suficiente para resolver cuestiones supra-empíricas: la inmortalidad del alma, la existencia de Dios o de la sustancia.

La revolución kantiana se produjo por el planteo de una cuestión previa: de si puede o no la razón solucionar esos problemas. Ella se enuncia y se resuelve en la «Crítica de la razón pura».

La posición inicial de Kant en filosofía es análoga a la de Copérnico en Astronomía. Kant lo reconoce cuando dice que así como Copérnico, al admitir la insuficiencia de las teorías cósmicas, cambió el dinamismo de los mundos, deteniendo al Sol para hacer girar a la Tierra en su torno, (a la inversa de lo que había pasado hasta entonces), así también él cambia las posiciones relativas y hace girar el mundo objetivo en torno del sujeto. Su punto de vista fué, por lo tanto, subjetivo, y marcó la orientación decisiva de toda la filosofía alemana, hasta nuestros días.

Hagamos notar, al respecto, la extraordinaria importancia que reviste el factor étnico, en filosofía. El empirismo fué doctrina exclusivamente inglesa; vinculada, por cierto, a múltiples antecedentes locales, económicos y políticos —mientras que el racionalismo fué genuinamente francés, el empirismo inglés, al pasar a Francia, debió racionalizarse, convirtiéndose en empirismo intelectualista.

Con Kant aparece una influencia étnica nueva: la de su pueblo, porque antes de Kant no había existido filosofía propiamente alemana. A pesar de ciertos caracteres de su obra, no puede decirse que Leibnitz fuera un representante del espíritu alemán, ya que escribió en latín y en francés (iniciándose sólo desde Wolff, el alemán en las Universidades).

Con Kant y su posición subjetivista, que coloca en el espíritu humano la solución del problema filosófico, empieza la verdadera filosofía alemana, y puede afirmarse que en ningún momento ha abandonado ese punto de partida idealista que adoptó Kant, como tampoco ha prescindido nunca de la teoría del conocimiento, que Kant inició y que constituye el más importante de sus temas.

La «Crítica de la razón pura» comienza afirmando que sólo por la experiencia se llega al conocimiento. Esa es la primera y única fuente, en cuanto al material de construcción ideativa. Pero suprimamos los datos sensoriales, aniquilemos, una a una, las calidades del mundo objetivo, y quedará la razón pura — es decir, la razón sola, única, sin elemento alguno que le sea extraño.

Y bien: para saber lo que existe en la razón pura, es necesario averiguar si ella contiene o no nociones apriorísticas. Y formula la gran pregunta cuya respuesta ha de decidir los destinos de la metafísica. A saber: de si son o no posibles los juicios sintéticos a priori.

Es de notar que Kant usa el término «a priori» en oposición al de «a posteriori», valiéndose de la terminología escolástica; y es deplorable, porque con ello Kant ha aumentado los prejuicios en su contra. Con frecuencia los profanos le consideran como el creador de un sistema metafísico abstruso, cuando precisamente Kant ha sido el destructor de toda metafísica dogmática.

Kant establece diferencia entre los «juicios analíticos» y los «juicios sintéticos» y habla de su posibilidad a priori y a posteriori; siendo de advertir que toda la discusión de Kant se reduce a averiguar si con anterioridad a toda experiencia existe o no la capacidad de conocer.

Juicio analítico sería el que se produce por simple análisis de un concepto y que no contiene, por lo tanto, más calidades que las que corresponden al concepto. Pero si hay agregado de calidades, el juicio es sintético. Si se dice (por ejemplo): «Todo cuerpo es extenso», se produce un juicio analítico, ya que la extensión es para todo cuerpo, calidad indispensable. Al enunciarla, no se aumenta nada al concepto.

En cambio, al decir: «tal cuerpo pesa tantos kilogramos», ya el caso varía, porque se agrega una calidad que no está comprendida esencialmente en el concepto de cuerpo; sólo es cognoscible mediante la experiencia, y sin su ayuda nunca habríamos llegado a esa definición. Se trata aquí de un juicio sintético.

Los juicios sintéticos son los que llevan al verdadero progreso de las ciencias, porque permiten la formación continua de nuevos juicios, a base de los conocidos; son los grandes elementos de investigación y de construcción científica.

Los juicios analíticos sirven más bien para la investigación del saber; para el examen de los conocimientos que se posee.

He ahí la primera conclusión de Kant.

Pero el filósofo pasa a estudiar un nuevo problema: ¿son posibles, también, los juicios sintéticos a priori?, es decir: ¿es posible formar un juicio tal que, sin previa experiencia, aumente el contenido del conocimiento?

Es el gran problema del empirismo, que sus filósofos representantes resuelven en la célebre tesis: «Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu».

El empirismo declara la imposibilidad de los juicios sintéticos a priori. El juicio sintético es siempre a posteriori.

En cambio, el racionalismo, al proclamar la omnipotencia de la razón, establece la posibilidad de tales juicios afirmísticos.

Kant, adoptando una posición intermedia, dice: que un juicio sintético a priori sería posible si la estructura de la realidad fuera la misma que la de nuestro conocimiento; si existiera congruencia entre el pensamiento y su objeto.

Únicamente en tales condiciones los juicios sintéticos a priori serían posibles; y sería posible la metafísica. En todo otro caso no hay justificación para una filosofía especulativa.

Esta posición última se afirma después del análisis interno de la razón.

Cada objeto es una suma de calidades múltiples; determinémoslas, y comencemos a eliminarlas, una a una, sucesivamente. ¿Qué pasará a medida que avancemos en tal operación?: que el cuerpo propuesto irá disminuyendo sus atributos, perdiendo poco a poco su individualidad, para desaparecer por completo en el momento que suprimamos la última calidad. El cuerpo habrá desaparecido; y si mentalmente repetimos la operación con todos los cuerpos del universo, habremos suprimido, por abstracción, el mundo. ¿Nada quedará entonces? ¿Se habrá aniquilado todo? No: quedarán siempre dos existencias subjetivas indestructibles: el espacio y el tiempo. Ningún esfuerzo de análisis podría realizar el prodigio de liberar a la razón de esta doble condición necesaria.

¿Qué son, entonces, el espacio y el tiempo? La ingenuidad de los hombres le habría permitido hasta entonces, satisfacerse con esta afirmación: tiempo y espacio son realidades.

Kant llega a establecer, por el contrario, el carácter exclusivamente subjetivo que debe atribuírseles.

Espacio y tiempo son para Kant las formas apriorísticas de nuestra sensibilidad: *Quid quid recipitur, decían los escolásticos, recipitur ad modum recipientis.*

Nuestra sensibilidad, al recibir en sí los datos sensoriales, les imprime necesariamente sus propias formas; ellas preexisten virtualmente a la experiencia y son independientes de ésta. Por eso no podemos imaginar su no existencia; desechada, por hipótesis, toda percepción, continuamos imaginando el tiempo y el espacio vacíos.

Pero esa misma vaciedad a que se reducen por análisis las formas de la intuición sensible, demuestra que sólo valen en cuanto son molde a que se adapta el contenido de la experiencia y que nada podría revelarlas si no existiera el mundoobjetivo que las impresiona.

Percibimos las cosas, nos ponemos en contacto con los fenómenos y recibimos noción de sus calidades, pero nuestras formas subjetivas de espacio y tiempo las condicionan fatalmente.

Lo objetivo y lo subjetivo se resumen, así, como factores, para integrar el proceso del conocimiento.

Después de analizar las formas de la intuición sensible, Kant busca y enuncia las formas del razonamiento: son las categorías.

Los antiguos llamaban categorías a los conceptos últimos y más amplios. Aristóteles, que les dedicó atención especial, formuló diez categorías. Kant siguió empleando el nombre por respeto a la vieja lógica formal. Esas formas abstractas sirvieron de indicio a Kant para establecer las formas del razonamiento y las encerró en sus llamadas «tablas de categorías».

Clásicamente se reducían a cuatro grupos: cantidad, calidad, relación y modalidad. De esta disposición lógica Kant dedujo sus tablas, dividiendo cada uno en tres subgrupos respectivos.

A las categorías de cantidad corresponden las de unidad, multiplicidad y totalidad.

A las de calidad: las de realidad, negación y limitación.

A las de relación, las de sustancia, causalidad y acción mutua.

Convengamos en que de toda la «Crítica de la razón pura», estas tablas forman la parte más discutible.

Shopenhauer las atribuye al amor de la simetría y al pedantismo profesional de que Kant no pudo librarse. No acepta tantas subdivisiones, reduciendo todas las categorías a la de causalidad.

Renouvier las critica también y llega a análoga conclusión: dice que la función categórica se limita a establecer relaciones.

Esas relaciones son estáticas si se refieren a concepciones espaciadas y dinámicas si en ellas interviene el tiempo.

No discutiremos la eficacia o inconveniencia de la multiplicidad de categorías.

Sean cuantas fueren (y el hecho no tiene mayor importancia), baste decir que las categorías kantianas son capacidades previas para establecer relación entre los datos empíricos.

Las dos categorías principales son las de sustancia y causalidad.

En efecto: no podemos imaginar un conjunto de datos empíricos sin vincularlos entre sí, supeniéndoles una sustancia común. De ahí que lleguemos a adjudicar a la sustancia valor efectivo y existencia real.

Kant afirma, en cambio, que la sustancia es sólo una categoría cuyo objeto es establecer el nexo.

La causalidad es, a su vez, la función mental que reúne los hechos. En realidad, esta afirmación, tan prolijamente fundamentada por Kant, no es sino una consecuencia del carácter formal y subjetivo del tiempo.

Si es cierto que el tiempo es una forma de intuición sensible, es evidente que la causalidad debe ser también ideal; y si el espacio es sólo subjetivo, subjetiva ha de ser también la sustancia. Hay, pues, armonía perfecta entre la primera y la segunda conclusión que Kant establece.

¿Cuál es la función de las categorías?: hacer posible el conocimiento. Sin esas formas intuitivas, nuestros conocimientos serían sólo un catálogo de sensaciones aisladas. Las categorías establecen el nexo y permiten la aperccepción sintética en que Kant hace consistir el conocimiento; sien-

do conveniente distinguir entre «percepción» que es sólo la recepción pasiva de los hechos empíricos, y «apercepción» o actividad de la inteligencia que reúne y transforma en conocimiento los datos de la experiencia.

Esta actividad especial del espíritu que tiende a la unidad sintética, puede depasar los límites de la objetividad extendiéndose fuera del campo de los datos empíricos, en procura de síntesis más amplias.

Por la categoría de unidad, el intelecto ha buscado siempre reducir a un solo elemento la multiplicidad de existencias.

Ni el átomo, entidad ideal supuesta indivisible, satisfizo a los espíritus, anhelosos de la suprema síntesis; y fueron a buscar en el electrón la expresión mínima de la materia.

También la célula, que antes pareció irreductible, se ha convertido, por análisis, en un organismo complejo y la unidad de vida corresponde ya a elementos infinitesimales que se llaman biomoléculas.

En el orden psicológico ha ocurrido lo mismo. Nada tan radical como la evolución que en los últimos tiempos ha sufrido el «yo»: durante siglos el alma aparentó ser una unidad indisoluble; hoy es una síntesis complejísima.

La unidad se desvanece, pues, si empíricamente pretendemos afirmarla; desaparece si se la refiere a las cosas; porque está en nosotros mismos como categoría necesaria para establecer el conexo, y no es objetiva sino subjetiva.

Kant había buscado juicios sintéticos a priori para justificar una ciencia especulativa. Y he ahí que cuando encuentra esos elementos apriorísticos, resultan ser vacíos.

Las categorías moldean, a su manera y en su medida, la noción de las cosas, pero nada valen por sí, sin el contenido empírico que aportan los sentidos.

Si no es referible a las cosas mismas, si las categorías no se aplican a ordenar la experiencia, el trabajo mental es nulo porque se reduce a un juego en el vacío.

En la Crítica de la razón pura no hay justificación posible para la ciencia especulativa. Ya veremos cómo Kant, apelando a un recurso supremo, supo salir de esta posición desventajosa; pero antes diremos dos palabras sobre la forma especial en que Kant solucionó el problema del conocimiento.

El examen de las funciones mentales y de la capacidad de la razón, revela su insuficiencia para conocer lo absoluto.

La cosa en sí, el ser esencial, la realidad perfecta tal como sería apreciable por la razón si no mediaran las categorías, eso escapa al humano conocimiento.

Las formas de la intuición sensible hacen, de hecho, incognoscible al «nómeno».

Sólo nos es dado conocer el «fenómeno», es decir, la apariencia del

ser, el reflejo subjetivo, la realidad deformada en el molde de las categorías.

La razón, que quiso medir el poder de sus alas para remontarse a una esfera especulativa, se declara insuficiente.

Su función es sólo pragmática y le está vedado el vuelo más allá de la experiencia.

Es así como el escepticismo a que llega la «Crítica de la razón pura», proclama la bancarrota de toda metafísica.

Y el rasgo trágico de Kant consiste, precisamente en que a pesar de su convicción de la imposibilidad de una ciencia especulativa, se ve obligado a reconocer que la metafísica es necesaria.

Shopenhauer va a insistir después sobre la necesidad metafísica de que no puede prescindir la especie humana, porque obedece a fatales condiciones de organización.

Kant lo comprendió bien cuando dijo: No hay metafísica como ciencia — La metafísica es indispensable al hombre.

Esta antinomia suele hacer aparentemente contradictoria la obra de Kant, dado que en la «Crítica de la razón pura» destruye toda metafísica, y en la «Crítica de la razón práctica» hace metafísica.

Para comprender la verdadera posición de Kant no basta conocer la influencia de Hume: es necesario tener en cuenta también la influencia de Rousseau.

El había sido el raro, el único hombre de la Enciclopedia que no comulgó con el intelectualismo reinante.

Rousseau había afirmado que la existencia de Dios, de la libertad, de las normas éticas, no es susceptible de demostración alguna, porque esas cuestiones supremas no se resuelven por la razón sino por el sentimiento; son convicciones íntimas, que se imponen con fuerza de realidad y excluyen la duda.

Recordemos, al respecto, que Voltaire y Rousseau llegaron a idénticas conclusiones por caminos diametralmente opuestos: así, mientras Rousseau busca a su Dios por vía de sentimiento, Voltaire construye el suyo a base de razón.

Hay en Kant profunda influencia rousseauiana; ello se advierte plenamente cuando para establecer las bases metafísicas de la moral fué a encontrar por el sentimiento lo que la razón no podía darle.

La «Crítica de la razón pura» había examinado la razón desprovista de todo contenido; la «Crítica de la razón práctica» examina la razón en sus relaciones con el mundo empírico y entra a ocuparse en el problema de la conducta.

Ninguna contradicción puede haber entre ambas: la segunda obra no es más que la reacción necesaria, exigida por el escepticismo de la primera.

En el mundo fenoménico los hechos se unen a los hechos y todo está sometido a la necesidad y al determinismo. Pero la libertad, es decir, la posibilidad de actuar sin una causalidad forzosa, la sentimos en nosotros

mismos, subjetivamente, como realidad indiscutible. De ahí autonomía de la voluntad.

Rousseau también decía: «El hombre es libre y sin embargo está encadenado». Acaso Rousseau hablara en sentido político y Kant desde el punto de vista moral hiciera esta afirmación análoga: «El hombre es libre y sin embargo está sometido a todas las leyes naturales». De cualquier manera que sea, ambos filósofos edifican sobre una misma base. Y hay aún más. Rousseau se indigna contra los que establecen que el interés y el egoísmo representan el primer impulso; Kant, a su vez, frente a los intelectualistas franceses que proclaman la inexistencia de Dios, se rebela con todas las fuerzas de su alma. La existencia de Dios, la libertad y el deber moral, son postulados prácticos, cuya realidad se siente pero no se demuestra.

Así, para unir el mundo fenomenal al mundo de los nómenos, apela Kant a la vieja teoría de los místicos, que no trataron nunca de explicar su fe.

Aunque el sentimentalismo en que reposa su «Crítica de la razón pura», le aproxime a Rousseau, es evidente que hay gran distancia entre la exposición alambicada y fría de Kant y las páginas vibrantes de Juan Jacobo. Tiene, sin embargo, frases supremas: «Dos cosas, dice, llenan mi alma de respeto y de admiración incesantemente renacientes: el cielo estrellado sobre mi cabeza y la ley moral en el fondo de mi corazón.» (Kant suele olvidar, a veces, que es profesor de filosofía alemana, y es elocuente...).

Veamos cómo, partiendo de postulados prácticos, establece Kant su moral.

Aunque, en apariencia, seamos determinados, somos, en esencia, libres; y esa libertad noumenal de la cual tenemos conciencia, hace que los deberes morales sean la expresión de leyes supra-empíricas. Y allí reside la fuente de nuestras concepciones éticas.

Kant ahondó un abismo entre dos criterios que después el pragmatismo confundió lastimosamente: lo útil y lo bueno. Al discutir los fundamentos de la moral utilitaria combatía el pragmatismo, aún antes que apareciese.

Esa separación esencial quedó claramente formulada cuando Kant distinguió entre «imperativo hipotético» e «imperativo categórico». El imperativo hipotético se relaciona con el mundo empírico; persigue un fin y establece un medio; es, por lo tanto, condicional. Valga, como ejemplo este imperativo: Si quieres vivir, aliméntate. Es un mandato condicional, que supone un fin e indica el medio para alcanzarlo.

Hay que convenir, sin embargo, en que lo útil no es útil en sí, sino útil para algo. Y aquí encontramos sólido argumento para refutar al pragmatismo; porque los pragmatistas tienen que concluir necesariamente en que lo útil, que ellos identifican con lo bueno, es lo que tiende a acrecentar la vida. La vida es, pues, el principio supremo que se busca. En la moral de Kant el principio supremo reside en el imperativo cate-

górico que existe en nuestra conciencia y es independiente, en absoluto, de toda finalidad empírica. Es consecuencia de la acción nouménica que se ejerce sobre nosotros y de naturaleza exclusivamente formal. El contenido lo dan los hechos de la vida práctica y sería vana empresa pretender hacer listas de lo que debe y de lo que no debe hacerse; eso depende de los hechos, del grado más o menos intenso de cultura, de todo un conjunto de circunstancias accidentales. Dado un caso concreto, el hecho debe encuadrar en la fórmula del imperativo categórico que nos manda cumplir el deber por autonomía de la voluntad, independientemente en absoluto de influencias heteronómicas.

El imperativo es categórico. Entonces, ¿dónde está el bien? No en el hecho empírico, que puede ser bueno o malo según los tiempos y las colectividades. Lo bueno no está en lo objetivo sino en lo subjetivo; está en la voluntad. Sólo es buena la voluntad del hombre que se decide al cumplimiento del deber por la autonomía que le es propia.

Y nada tan supremo como la buena voluntad. A este respecto, la moral de Kant no es más que una renovación de la vieja doctrina estoica, que decía: «Hágase justicia, y desplómese el cielo» — es decir: sea nuestra voluntad justa, y lo que resulte nada debe importarnos.

La libertad, por su vinculación con el mundo inteligible, permite a Kant construir la metafísica de su sistema. Y repetimos que esta actitud no implica contradicción ni dualismo (como suele creerse), porque en la «Crítica de la razón pura», Kant sólo se propuso desbrozar el terreno, destruyendo toda metafísica dogmática, levantada sobre conceptos abstractos — a la manera de racionalistas — pero jamás pensó eliminar toda especulación filosófica, porque hubiera sido pretender arrancar del alma humana lo que hay en ella de más noble y levantado.

Por interpretación arbitraria de la obra de Kant, se ha invocado, unas veces, la «Crítica de la razón pura»; la «Crítica de la razón práctica», otras, para negar o afirmar, respectivamente, con la autoridad del maestro, la posibilidad de la metafísica.

El idealismo alemán que siguió a Kant reaccionó poderosamente contra la «Crítica de la razón pura», en un despliegue extraordinario de orientación especulativa que suprimía el nómemo, por inútil y quería establecer una metafísica como ciencia.

Más tarde el positivismo, y en especial el positivismo alemán, al adoptar su forma sugestiva del «retorno a Kant», se apoyó en la misma obra para condenar la especulación filosófica.

María Aleira Villegas.